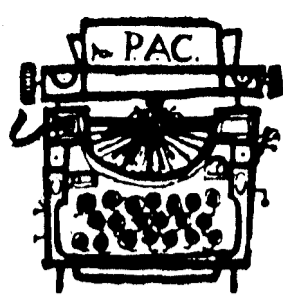


escrito a máquina



La democracia necesita recuperar a la juventud

Recuperada la libertad de expresión, los nicaragüenses no debemos quedarnos en el dintel de la puerta, como ya nos ha sucedido otras veces, entregados al placer del cotarro y de los dimes y diretes. Nos debemos proponer enseguida completar y consolidar la libertad de opinión restableciendo en su plenitud la Democracia. Para lograrlo debemos promover un movimiento nacional de todas las fuerzas vivas, partidos, grupos y movimientos para que convengan en unos cuantos puntos (en el mínimo de puntos) que se crean precisos para que exista Democracia, y una vez convenidos, deben demandarse en todas las formas y por todos los medios posibles en un aumento gradual de presión.

Todos esos puntos, que deben estudiarse con precaución, tendrán en vista garantizar las libertades políticas frente al Poder. Pero, si lo que se quiere es una Democracia, además de efectiva con futuro, se debe pensar en la juventud.

La consecuencia más alarmante de toda la situación anormal que Nicaragua ha padecido, es el desempeño, la frustración y la pérdida de fe en la democracia que se advierte, apenas se hace el más superficial sondeo, en las nuevas generaciones nicaragüenses.

No creo que sea necesario que me extienda en argumentos y pruebas. La juventud nicaragüense, desde hace varias generaciones ha encontrado cerrado —y cercado como una trincherita militar— el terreno político. Toda opción, todo diálogo digno, todo intento de abrirle un cauce cívico al necesario proceso de cambio, han encontrado como respuesta, de parte del Poder, el golpe brutal de la puerta que se cierra, o algo peor: la represión.

Nadie duda que el joven, por el ardor de su edad, es más tentado por la violencia que el hombre maduro y que en la época actual todo parece concertado —desde la televisión y sus novelas hasta la más pequeña noticia de la lucha diaria del mundo— para aumentar esa tentación. Pero estas circunstancias temporales, que deberían entre nosotros contrarrestarse con una política abierta de distensión, las hemos más bien agravado sumando, a la ya terrible tensión del terremoto, una cerrazón política dictatorial que no deja al joven otra alternativa que la misma violencia.

Nos hemos agregado a la lista de los países que creen que el fuego se extingue con

fuego; que la violencia se destruye aumentándola.

Y el resultado es que estamos hipotecando, cada día por una suma mayor de odio y de intolerancia, el porvenir democrático de Nicaragua. La juventud, en su mayoría, puede actualmente dividirse en dos porciones: la de aquellos que se lanzan a la violencia, que son los menos, y la de aquellos que no se lanzan pero que la alimentan en sus corazones; que son los más. Ambas porciones suman un sólo desengaño. Ahogándoles la libertad les hemos hecho perder la fe en la libertad.

Mientras el clima político nicaragüense no deje alternativas a las generaciones jóvenes, la democracia no tendrá juventud, o, lo que es lo mismo, no tendrá futuro.

Es fundamental, por lo tanto, lograr que la juventud no solamente vea abiertas las puertas de su participación en la reconstrucción de la Democracia, sino que sienta —como lo sintió la juventud española— que esa apertura no es una trampa, sino una realidad tangible que “entrega prendas”.

Yo no encuentro mejor forma de entregar una prenda real para el futuro de la Democracia que un decreto de AMNISTIA. La amnistía significa dos cosas importantísimas e insustituibles para restablecer el “clima republicano”: la cancelación de un pasado (que si no se cancela sigue engendrando violencia), y la restitución de la confianza (que siembra en el corazón de los nicaragüenses la convicción de su fraternidad).

Que termine en el pueblo, que termine sobre todo en la juventud ese sentimiento oscuro y subconsciente de que es un marginado o un “enemigo” porque quiere la libertad y la justicia. Que, puestas las condiciones para la Democracia, nadie se sienta excluido del deber cívico de hacerla funcionar, luchando por sus opiniones pacífica y civilizadamente.

Los nicaragüenses, que tantas veces hemos echado a pique la paz fraternal lanzándonos a la violencia, siempre hemos encontrado en el arca de nuestras tradiciones, una fórmula propia para terminar y borrar los saldos de tales violencias. Y esa fórmula —ique nunca nos ha fallado!— ha sido la Amnistía. Una vez más debemos usarla para que la Democracia —y su impostergable restablecimiento— no sea un aborto sin juventud y sin futuro.

PABLO ANTONIO CUADRA